

10  
10

# COMMEMORATIO

## RECUERDOS PIADOSOS

DE UN HIJO

PREMATURAMENTE MUERTO



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1894

COMMEMORATIO

IN HONOREM

ANNO

MDCCCLXXXIII

COMMEMORATIO

COMMEMORATIO



RECUERDOS PIADOSOS

DE UN HIJO

PREMATURAMENTE MUERTO



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1894

¿Por qué fué concedida luz al miserable,  
y vida á aquellos que están en amargura de  
ánimo?

Que aguardan la muerte, y no viene, como  
los que cavan en busca de un tesoro.  
JOB.—III.—20, 21.



## DOS PALABRAS

**L**OS trabajos literarios y documentos  
que siguen se imprimen, pero no se  
publican.

*Interesan á muy contado número de personas:  
serían profanados y escarnecidos por los indife-  
rentes.*

*No hago, pues, una edición; me límito á sacar  
media docena de copias impresas para distribuir-  
las á los que conmigo han sentido y han llorado.  
Un drama vulgarísimo ¿qué importa á nadie?*

*Si alguna de estas copias diere mañana en  
manos ajenas á mi familia y amigos, agradece-  
ría, como una obra de caridad, que fuese destruí-  
da. Los que tengan corazón comprenderán mi  
ruego.*

A. A.

Estepa, 1893.

POESÍAS  
ESPONTÁNEAMENTE HECHAS  
Ó ROGADAS Á SUS AUTORES \*

\* El orden de colocación es el de las fechas en que llegaron  
á mis manos.



Á MI QUERIDO AMIGO  
ANTONIO AGUILAR Y CANO  
CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO

VÉN á mis brazos, cariñoso amigo!  
Sólo los corazones desgarrados  
Por los tormentos de la horrible vida  
Saben lo que es dolor; sólo en las almas  
Grandes y tristes hallará consuelo  
Tu desesperación. ¡Vén á mis brazos  
Y el raudal de tus lágrimas sangrientas  
Se mezclará al torrente de las mías!  
Sí, yo he rodado, como tú, del Cielo  
Al espantoso abismo: la campana  
Del funeral de mi adorada esposa  
¡Por mí también, por mí doblaba á muerto!  
Yo he sentido, cual tú, las garras fieras  
De un buitre destrozando mis entrañas,

Mientras la recia tempestad rompía  
Furiosa mi cerebro, y la blasfemia  
Brutal y atronadora como un tiro  
En mis trémulos labios estallaba!  
¡Sí, yo he vertido lágrimas á mares,  
Y tengo como tú llagado el pecho;  
Y he visto negro el sol, negras las rosas,  
Y, á un mismo tiempo, he orado y maldecido!  
¿Y cómo no, si el ángel de mis sueños,  
La adorada ilusión de mis amores,  
El astro de mi gloria... todo fuéme,  
Como á tí, por el Cielo arrebatado!  
¡El Cielo!... ¡No es posible que se esconda  
Bajo su faz azul tanta negrural  
¡Nó, no es posible que el sagrado Cielo  
Hiera la frente cándida de un niño,  
Y corte la existencia inmaculada  
De una esposa feliz y tierna madre,  
Mientras respetan sus mortales rayos  
Abominables seres, pechos viles  
Y corazones de serpientes nidos!  
..... Pero estoy delirando. Sí, es el Cielo;  
Es el Cielo benigno el que arrebata  
De la vida infernal las almas bellas.  
¿Sabes por qué los astros relucían  
Con esplendores mágicos la noche  
En que expiró tu idolatrado hijo?  
¿Sabes por qué sus galas y perfumes  
Las flores esa noche prodigaban,

Y eran más seductoras las endechas  
Del ruiseñor, y el céfiro más blando?  
¿Sabes por qué las rosas y los lirios  
Del triste cementerio en esa noche  
Palpitaban de amor al dulce beso  
De las enamoradas mariposas?  
¿Sabes por qué la rutilante Luna  
Bañaba en luz de plata el campo-santo  
Y de las tumbas lúgubres surgían  
Músicas regaladas y canciones...?  
Porque tu angelical hijo adorado  
Iba á morar en la mansión eterna,  
Y su divino espíritu radiante,  
Piadoso el alto Cielo nos robaba.  
¡Oh, piadoso mil veces, sí, piadoso!  
¡Feliz quien muere niño, y no conoce  
La espantosa miseria de la vida!  
¿Qué mayor bien á un alma fresca y virgen  
Como la de un querube puede el Cielo  
Dispensar que librarla del naufragio  
De las fascinadoras ilusiones,  
De la fe, de la dicha y la esperanza!  
¿Qué más grande supremo beneficio,  
Que salir para siempre, ileso y puro,  
Del antro pavoroso de chacales,  
De víboras, de tigres y panteras  
Que titulamos mundol... Pero en vano  
Alivio busco á tu terrible duelo.  
No hay bálsamo que cure las heridas

Que nos abrió el destino. Los sollozos  
Tu garganta estrangulan... ¡Llora, llora...  
Y reclina la pálida cabeza  
Sobre este corazón que sufre y ama!

MANUEL REINA.

7 Agosto 93.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. ANTONIO AGUILAR

ERA un niño y murió. ¡Trance terrible!  
¡Nacer para morir en la alborada  
De la existencia, cuando el alma hiere  
La luz de la razón serena y clara!

Morir, cuando despierta el sentimiento,  
Es horrible desgracia  
Que al corazón paterno lleva el luto  
Y la fe le arrebató.

Mas consuélase el padre: que si el buho  
Tiende sobre el hogar sus negras alas,  
El ángel del amor cierra los ojos  
Del niño y lleva al Hacedor el alma.



Si no existiera el mundo del espíritu,  
Si en materia quedara  
Todo lo que palpita, alienta y siente,  
¿Para qué servirían nuestras lágrimas?

RODOLFO GIL.

Córdoba, 28 de Agosto de 1893.

### EL HIJO MUERTO

Á MI BUEN AMIGO D. ANTONIO AGUILAR Y CANO  
Y Á SU AFLIGIDA ESPOSA

VOSOTROS, los que, aún antes de nacido,  
Contemplabais en sueños su hermosura;  
Los que besasteis su mejilla pura  
Apenas exhaló débil vagido;

Los que disteis las penas al olvido  
Crecer viéndole en cuerpo y donosura  
Y, perdiendo en un punto la ventura,  
Morir le veis y abandonar el nido...

Llorad, llorad, y que el amargo duelo  
Más no acibaren fútiles razones  
Que tiran á endulzar vuestro quebranto.

¡Un Cielo gana, mas perdéis un cielo!  
¿Qué entiende el corazón de reflexiones?  
¡Para los hijos muertos se hizo el llanto!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Osuna, 27 Octubre 1893.

Á MI QUERIDO AMIGO  
D. ANTONIO AGUILAR Y CANO  
EN LA MUERTE DE SU HIJO

BALADA

*Yo soy de otros cerros;  
Yo soy de otros valles.*

I

EL niño chiquito  
Decía á su madre,  
Mas nó con palabras,  
Que hablar aun no sabe,  
Sinó con sonrisas,  
Sonrisas de ángel:  
«En vano me besas,  
Me abrazas en balde,  
Cantándome *nanas*,  
*Nanitas* cantándome:  
Yo sé de otros sonos  
Aun más agradables;

En sueños los oigo,  
Madre, la mi madre;  
*Que soy de otros cerros,  
Que soy de otros valles.»*  
Y al fin se dormía,  
Y se sonreía,  
Tal como si hablase  
En sueños y ensueños  
Con Dios y los ángeles.

II

El niño chiquito  
Decía á su madre,  
Con medias palabras,  
Que hablar bien no sabe:  
«Te esfuerzas en vano,  
Te esfuerzas en balde:  
Juguetes no quiero;  
Mis sueños me basten.  
No soy de este mundo,  
Y allá en otra parte  
Me esperan delicias,  
Y dulces cantares,  
Y tiernos amigos,  
Y bien inefable;  
*Que soy de otros cerros,*

*Que soy de otros valles.»*  
Y al fin se dormía  
Y se sonreía,  
Tal como si hablase  
En sueños y ensueños  
Con Dios y los ángeles.

III

El niño, el buen niño,  
Decía á su madre;  
Palabras con besos  
Van entrecortándose:  
«Mi madre bendita,  
Mi madre adorable,  
Te quiero, te quiero;  
También á mi padre.  
Os debo la vida;  
Os di cien pesares;  
Soy niño, soy niño;  
Por Dios, perdonadme.  
Que pronto, muy pronto,  
De aquí han de llevarme,  
*Pues soy de otros cerros,  
Pues soy de otros valles.»*  
Y al fin se dormía,  
Y se sonreía,

Tal como si hablase  
En sueños y ensueños  
Con Dios y los ángeles.

IV

El niño, el buen niño,  
Decía á su madre:  
«Malito me encuentro,  
Malito dejadme.»  
La madre lloraba,  
Lloraba el buen padre,  
Y el niño decía:  
«¿Á qué esos pesares?  
Sonrisas, sonrisas  
Mi muerte acompañen.  
Soy flor del almendro;  
Me hielan los aires  
Y voy á ser fruto  
Allá en otra parte.  
Adios los mis padres,  
*Que soy de otros cerros,  
Que soy de otros valles.»*  
Y luego dormía,  
Y se sonreía,  
Tal como si hablase  
Con Dios y los ángeles.

V

El niño, el buen niño,  
No habló ya á su madre;  
Vestido de blanco  
Está como un ángel.  
El padre lo llora;  
La madre desmáyase.  
«¡Qué lástima!» dice  
La gente al mirarle.  
Y cuando otros niños  
El lindo cadáver  
Llevaban llorosos  
Por plazas y calles,  
Oyóse un acento  
De allá de los aires,  
Que dijo en voz clara:  
«No llores, mi madre;  
Mi padre, no llores;  
Cantadme, cantadme:  
*Que voy á mis cerros,  
Que voy á mis valles.»*

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Osuna, 28 de Octubre de 1893.

Á MI EXCELENTE AMIGO  
D. ANTONIO AGUILAR  
CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO

ENJUGA el llanto que tus ojos vierten,  
Que en amargo raudal brota del pecho,  
Y mira cómo el pueblo en que naciste  
Responde á tus lamentos:

De tu inmensa desgracia, de tu pena,  
Llegan aquí los angustiosos ecos,  
Tristes, como la voz de las campanas  
Cuando doblan á muerto.

No existe, nó, para el dolor distancia;  
Que la santa amistad y el puro afecto  
Á tu sufrir contestan, caro amigo,  
Con sentidos acentos.

Cesa ya de llorar, que la morada  
Del ángel de tu amor está en el Cielo:  
Las pupilas nubladas por el llanto  
Fija en tu noble pueblo.

Aquí tienes hermanos cariñosos,  
Brazos amantes, generosos pechos;  
Siempre vivas te ofrecen sus verjeles  
Para honrar su recuerdo;

Lira que cante tu profunda pena  
En clásica y viril «*Carta de fuego*»;  
Y la tumba que espera de tu hijo  
Los venerables restos,

¡Véla allí blanquear entre los árboles  
Del sagrado y humilde cementerio,  
Que ilumina con vivos resplandores  
La salvadora Cruz del Nazareno!

JOSÉ CONTRERAS.

Puente-Genil.

EN LA MUERTE DEL INOLVIDABLE NIÑO

## ANTONIO AGUILAR

BELLO como el perfume de las flores  
Al lucir en Oriente la alborada,  
*Ayer...* siendo el encanto de sus padres,  
Llenó el hogar de dicha y esperanzas.

Fruto de casto amor, pródigo el Cielo  
Embellecíolo con brillantes galas,  
Do se adunaron en gentil conjunto  
A instintos nobles cualidades altas.

*Ángel de luz*, dejó la tierra un día,  
Subiendo alegre á la divina estancia,  
Y al triste ¡Adiós!... en el hogar tranquilo  
El genio del dolor plegó las alas.

Para pintar de sus amantes padres  
El rudo lloro y aflicción infausta,  
Ronca la lira, cadencioso ritmo  
Y sublime expresión al bardo faltan;

Luz falta al cielo, tintas á la rosa,  
Rumor al bosque, á los pensiles auras,  
Oro á las nubes, esplendor al día  
Y al azulado mar brumas de plata...

.....  
.....  
*Hoy* quedan sólo, en fúnebres recuerdos,  
Las flores todas de su edad temprana,  
El grato aroma de su frente pura  
Y un lenitivo en la oración cristiana.

JOSÉ DE GUZMÁN EL BUENO Y PADILLA.  
De la Academia de la Historia.

Málaga y Febrero 18 de 1894.

Á MI ESTIMADO AMIGO  
EL SR. D. ANTONIO AGUILAR  
EN LA MUERTE DE SU HIJO

LORAS, Antonio, perdida  
Tu más preciada ilusión;  
Tronchóse la flor querida  
Que nació en tu corazón  
Y perfumaba tu vida.

La muerte en aciago día,  
Sin reparar en tu duelo,  
Se llevó á su tumba fría  
Y cubrió con térreo velo  
Á un sér que era tu alegría.

Mas si miras en la fosa  
La materia deleznable,  
La fe, virtud admirable,  
Te hace ver su alma dichosa  
En la vida perdurable.

Que la patria del querube  
Es la morada del Cielo:  
Por eso en rápido vuelo  
Tu hijo, cual blanca nube,  
Se alejó de nuestro suelo.

Así, cesa en tu aflicción  
Y enjuga tu triste llanto,  
Que tu hijo en la mansión  
Del que es tres veces Dios Santo  
Entona inmortal canción.

JUAN MORALES CANO,  
Presbítero.

Málaga, Febrero 1894.



PERIÓDICOS





De **El Eco de Estepa**, núm. 558, correspondiente al 5 de Agosto de 1893:

« † La familia de nuestro distinguido amigo el Sr. D. Antonio Aguilar y Cano, Registrador de la Propiedad de este partido, fundador y director que fué de este semanario, ha sufrido una pérdida, tan sensible como irreparable, que de todo corazón lamentamos.

»Su hijo Antonio, el mayor de los varones, próximo á cumplir diez años de edad, después de grandes sufrimientos, producidos por la *meningitis*, durante dieciocho días, falleció cerca de las tres de la tarde del lunes de la presente semana, dejando sumidos á sus desconsolados padres y demás familia en la mayor amargura.

»Enviamos á todos los suyos la expresión de nuestro sentimiento por el rudo golpe que aca-

ban de sufrir, y recomendamos á las oraciones de nuestros lectores el alma del finado; aunque piadosamente pensando estará ya gozando de la bienaventuranza por sus bellísimas cualidades, sobre todo por su humildad, que tanto le distinguía. D. E. P. A.»

---

Del mismo número:

Á MI BUEN AMIGO  
D. ANTONIO AGUILAR Y CANO

EN LA MUERTE  
DE SU QUERIDÍSIMO HIJO ANTONIO

¡No llores! que aunque en la tumba  
Descansa su cuerpo inerte,  
Ha triunfado de la muerte  
Su espíritu angelical,  
Y entre cánticos sublimes  
De millares de querubes  
Voló en alas de las nubes  
Á la patria celestial.  
Tan breve como el rocío  
Fué su preciosa existencia,  
Porque nunca á la inocencia  
Sirvió el mundo de escabel;  
Y por eso, cual paloma  
Que no teme la jornada,  
Subió á la eterna morada.  
¡Quién estuviera con él!

Feliz, porque del pecado  
Supo evitar la caída,  
Y en el libro de la vida  
Su hermoso nombre esculpir.  
Dichoso, porque ha obtenido  
De la sabia Providencia  
Lo que muchos con su ciencia  
No han podido conseguir.  
Deja, pues, tu amargo llanto  
Y conserva en la memoria  
Que tu hijo será en la Gloria  
Tu celoso defensor,  
Y que á la Reina del Cielo  
Pedirá con eficacia  
Que te conceda la gracia  
De morir en el Señor.

VICENTE CHERVÁS Y BEGUD.

---

De **El Eco de Estepa**, núm. 560, correspondiente al 19 de Agosto de 1893:

EN LA MUERTE DEL JOVEN  
ANTONIO AGUILAR Y TEJERA

Sube, feliz criatura, sube al Cielo  
Á recibir el premio á tu virtud,  
Mientras tus padres lloran sin consuelo  
Tu ausencia, tu belleza y juventud.  
El lloro amargo y el pesar ansioso  
Los reunirá en torno á tu ataud,

Rogando sin cesar al Dios piadoso  
Por tu eterno descanso y tu salud.

JOAQUÍN GARCÍA.

Lucena, 6 de Agosto de 1893.

---

De **La Unión Mercantil é Industrial**,  
de Sevilla:

«Según leemos en el número correspondiente al día 5 de *El Eco de Estepa*, el distinguido escritor y Registrador de la Propiedad de aquel partido, D. Antonio Aguilar y Cano, ha tenido la desgracia irreparable de perder á su querido hijo Antonio, el mayor de los varones, que muy en breve iba á cumplir diez años de edad.

»Sabemos por experiencia propia que no hay en el mundo pena mayor que la muerte de un hijo, y que contra tamaña desgracia no existen consuelos humanos. Sólo Dios y el tiempo irán acostumbrando el corazón de los afligidos padres á sufrir de continuo esa pesada losa de plomo, cuya gravedad no desaparecerá hasta que llegue el último momento. La dicha del ángel querido, que goza en el Cielo el bien de las almas escogidas, adquiérela el niño á costa de las torturas del alma de los que le dieron el ser.

»¡Dios, nuestro Señor, se apiade de la orfandad de los padres desventurados!

»La desgracia del Sr. D. Antonio Aguilar y de su virtuosa y digna señora es tanto mayor, cuanto que parece como que los niños que no han de manchar su vida con las impurezas y con las espinas que el mundo nos ofrece, empéñanse en dejar indelebles recuerdos de inteligencia, de sumisión obediente, de belleza y de gracias infantiles, cuyos imborrables recuerdos son otras tantas espinas que lacerarán para una eternidad los sentimientos de los que lloran con lágrimas ardorosas.

»Esta triste efeméride hace que reverdezca con más fuerza otra fecha luctuosa, que nosotros recordamos, análoga á la que también registra nuestro ilustrado compañero D. Antonio Aguilar y Cano. Y al brotar en nuestros ojos lágrimas de pasadas desgracias, enviamos á los padres del niño Antonio el pésame del alma, el testimonio de nuestro sentimiento, acompañado de los vapores del llanto que nos embarga el corazón.

»¡Dios conceda resignación al Sr. Aguilar y á su muy querida familia!»

---

De **La Reforma Legislativa**, de Madrid,  
núm. 1.130, día 6 de Agosto de 1893:

«Nuestro muy querido amigo D. Antonio

Aguilar y Cano ha tenido la desgracia de ver morir á su hijo Antonio, á los nueve años de edad, después de largo y doloroso sufrimiento.

»Acompañamos en su inmensa pena á los desventurados padres, y les deseamos todo el consuelo de que han menester.»



## CONTESTACIÓN Á LA EPÍSTOLA

DE

D. MANUEL REINA



## Al egregio poeta Manuel Reina

Mi querido Manuel:

**D**EJA que pase el envés de mi mano por los fatigados ojos y recoja en mi piel la humedad que los enturbia.

Espera, á ver si pongo orden en mi cerebro incoherente.

.....  
He leído tu epístola y no lloro: ¿adónde fueron aquellas lágrimas tan fáciles de rodar há poco tiempo, hoy penosamente filtradas para mojar mis párpados? ¿por qué no acuden á tu amoroso conjuro y refrescan mi corazón más seco que amarillo rastrojo en mes de Agosto? ¿por qué su agotado raudal no mana arrastrando en su corriente este algo que oprime mi cabeza y sacude todos mis nervios con vertiginoso temblor?

¿por qué ha sucedido á la franca expresión del dolor, que hiere en lo hondo, esta penosa tensión que ahoga y enloquece?

Mira; yo veo á mi hijo vivo, rebotando salud y alegría, juntar sus labios con mis labios en purísimo beso de amor infinito, que bañaba de ternura mis entrañas; le veo luego postrado en aquel lecho que fué potro de tormento inenarrable, cruzando sus manos sobre el pecho y ofreciéndose á Dios como hostia inmaculada, diciéndole al levantar sus ojos al Cielo: «Padre mío, no puedo más»; le oigo demandar, en suprema angustia de la carne, el amparo de los padres infelices que le dieron el ser; asisto con mi tenaz y fija memoria al momento solemne en que, después de tremenda agonía, postrado, descarnado, descoyuntado, víctima inocente de todos los martirios, dejaba escapar su último aliento á la vista de su padre, que no alentaba; le tengo ante mí rígido é inerte, envuelto en el morado sayal de Jesús, ceñido con los simbólicos cordones, sembrada de jazmines su túnica, inclinada su mármorea cabeza, sombreados para siempre sus ojos, sonriente su boca con esculpida sonrisa, y, sin embargo, ni sé, ni puedo llorar.

Leo tus versos, Manuel de mi alma; siento que baten mi corazón con áureo martillo, y apenas si la humedad alcanza á mis pestañas. La fuerza de mil gigantes estruja mi corazón y

una potencia superior á mi voluntad hace juegos malabares con mis ideas dentro de mi perturbada inteligencia. He sentido sobre mí el peso incontrastable de la justicia divina: todavía no he saboreado los primeros dulzores de su misericordia.

No es maravilla que tú, herido de muerte en tus amores cuando apenas lucía su alborada, despojado de tus ilusiones al vecinarse ópima cosecha de merecidas recompensas (aparte de nuestra entrañable amistad), adivines mi estado, sepas comprenderme, y hables por mi boca, si quiera lo hagas con el divino cálamó de Ovidio. No es maravilla, nó: la cuerda bien templada da sonidos armónicos, asombro de la acústica, y en el instrumento bien acordado no precisa herir todas las de un tono, basta una sola, para que las similares vibren de idéntico modo, en el mismo número. En la *armónica moral* sucede fenómeno análogo: cada sentimiento excitado hace resonar los de idéntico nombre; la patria herida levanta en el corazón de cada ciudadano igual protesta; la ofensa á la religión subleva como uno solo á todos los creyentes; el peligro de la propiedad ó de la seguridad individual en un hombre apresta á la defensa á los que no fueron lesionados; el dolor que aniquila las fuerzas de un hermano ó amigo nuestro, herido en sus más caros afectos por el rayo de la muerte, desgarrá

la antigua cicatriz de nuestra desgracia, y á la par fluye la sangre de nuestra herida y de su herida. ¿Dónde, sinó, la razón del amor, de la amistad y de la simpatía? Por eso, triste amigo mío, me comprendes y á la vez de la mía reciente exhalas tu antigua queja, y me ofreces tus brazos, y lloras conmigo, para que en unísono acorde llegue reforzada la amarguísima lamentación de estas dos miserables criaturas al seno justísimo é incommovible de nuestro misterioso y sabio Creador.

Asómbrate, sin embargo, de mi despreciable levadura y de la debilidad repugnante de mi sentimiento: ni he acertado un instante solo á blasfemar, reacción impía pero valiente de las almas grandes, ni he sabido apurar la lógica del dolor, puesto que vivo. Me dan envidia, que me roe las entrañas, los contados seres que han sabido quedar inanimados sobre sus ídolos muertos, al estrecharlos en el último abrazo; admiro, con la desesperación del impotente, la devoción de aquellos deudos y vasallos que se arrojaban en la humeante pira que reducía á humo y ceniza al señor ó pariente; contemplo con los ojos muy abiertos, con delectación vivísima, á quien armando su brazo con fatal instrumento, corta de un golpe una vida aborrecible en la que el implacable destino abrió negro y hondísimo agujero para sepultar revueltas y en montón las ale-

grías pasadas, las esperanzas futuras y las ilusiones de toda la vida. La lógica del dolor debe ser esa: dura, seca, sin convencionalismos ni mentidos consuelos: la muerte del espíritu debe arrastrar consigo la muerte del cuerpo: espíritu sin finalidad en la tierra, debe dar por cumplida su misión y alzar su vuelo á las ignotas regiones á que todos vamos. Soy un cobarde: ha muerto mi alma en el hijo de mis entrañas; estoy loco de dolor; llamo á mi bien amado por todas partes, y el eco se burla de mis ansias; las tinieblas más espesas me rodean, y no he sabido despojarme de esta tortura infinita en el eterno reposo de la muerte.

No he acertado á blasfemar: espíritu de hembra débil, sin los impetuosos arranques de la virilidad, humillé mi cerviz desde el primer instante, llevé mi rostro contra la tierra dobladas mis temblorosas rodillas, puse en mis labios la agonía de mi corazón, y cuando vivo mi hijo, pedí á Dios con loca insistencia un milagro que me lo retuviera en la vida; cuando muerto, ofrecí mi dolor en expiación, acaso insuficiente, de las faltas imborrables por mí cometidas. Á diario repito mi humillación y mi súplica, pero la justicia divina no debe estar satisfecha, porque no afloja el tremendo dogal que siento anudado en mi garganta. Nada, amigo mío, no acierto á salir de mi estado ni con la osada rebelión

de la blasfemia, ni aun siquiera, por carecer de un objeto, con la triste satisfacción de la venganza. Fuí arrojado al centro de un océano de duelo sin orillas, sin naves de salvamento que le crucen, sin la posibilidad de ir á fondo, con la espantosa certidumbre de no haber esperanza. Dios ó mi destino han impreso en mi corazón con ardientes caracteres de fuego la siniestra inscripción que leyó Dante á las puertas del Infierno.

Y en medio de esta espantosa desesperación, en el mareante caos de mi cerebro, cuando menos debiera esperarse, desafiando dictados de la moderna Ciencia y de la soberbia humana, sin temor ni miedo á rechiflas de criterios dirigidos por otros rumbos, surgen en mí con afirmación segurísima dos ideas, cuya certeza tengo por más inestimable que la del mundo material, que dominan mis sentidos, la idea de Dios y la idea de un mundo sobrenatural, extranatural, como quieras llamarle, que de ordinario no cae bajo la acción de nuestra naturaleza terrena, y que, sin embargo, actúa y obra directamente sobre nosotros, interviniendo en nuestra vida con influencia positiva, aun cuando no la podamos apreciar, ni medir, obedeciendo, racionalmente pensando, á leyes providenciales. No me pidas pruebas de lo que te digo, porque no podría demostrártelo como un teorema matemático, no obs-

tante creerlo con más fuerza: he formado mi convicción con hechos, pero esos hechos pierden toda su virtud fuera de mi conciencia, que sabe lo que valen: no puedo narrarlos, porque la falta de preparación de otros espíritus, el no hallarse en estado de conciencia análogo al mío, daría ocasión á que se me tuviera por iluso, visionario ó demente. La enfermedad y muerte del hijo de mis entrañas han sido para mí fecundas en inesperadas revelaciones que no se obtienen á voluntad y que es necesario saber apreciar cuando se presentan: he sentido el poder de Dios con la misma evidencia que en su día sentí el poder de mi padre: he asistido á manifestaciones de ese mundo sobrenatural (de que te hablo) con la misma seguridad que á diario asisto al movimiento de la materia, que en ángulo tan estrecho puede ser observada por los sentidos.

La idea de Dios y de su perfecta justicia, la idea de ese mundo á que me refiero, la convicción profundísima de que mi Antonio al ser juzgado ha debido merecer el premio de los inocentes, de los santos y de los mártires, no aportan á mi alma atribulada un átomo de consuelo. El insaciable egoísmo que se deleitaba con su vista y se recreaba conviviendo en uno con él, no se conforma. El corazón siente que el tierno renuevo que en él brotara ha sido desgajado con



mano brutal, dejando abierta llaga profundísima é incurable. Vendrá, sí, el tiempo con su impío desgaste á restañar la sangre que se vierte, á templar el dolor, á pretender la cicatrización; pero es tan hondo y agudo el daño, que mucho antes de que el tiempo logre su empeño habré logrado yo el benéfico descanso de la muerte.

Perdona, mi leal amigo, si abusando de tu caritativa invitación he sido pesado al manifestarte el estado de mi corazón y de mi cabeza. ¿No querías ofrecerme un consuelo? Pues me has permitido, grande ó chico, el único posible hoy en mi estado; el ritmo de tu divina poesía ha desbordado los mal contenidos raudales de mi sentimiento y ha evocado, para que les dé forma, algunas de mis atormentadoras ideas. Agitado por sibilino temblor mientras leía tus estrofas, he conjurado á mi hijo, al hijo de mi alma, y ha venido á mí en espíritu, sonriente, lleno de esplendorosa gloria, para besar mis secos labios y dejar en mi frente esta idea: «mi hijo es feliz.»

Adios, Manuel: ¿se dan las gracias para contestar acciones como la tuya?. Al enviarte un apretado abrazo, no lo sabe tu desdichado amigo

ANTONIO AGUILAR.

Estepa, Agosto, 1893.



## ÍNDICE

	Págs.
Dos palabras. . . . .	5

### POESÍAS

Á mi querido amigo Antonio Aguilar y Cano, con motivo de la muerte de su hijo: por el señor D. Manuel Reina. . . . .	9
Á mi querido amigo D. Antonio Aguilar: por el Sr. D. Rodolfo Gil. . . . .	13
El hijo muerto.—Á mi buen amigo D. Antonio Aguilar y Cano y á su afligida esposa: por el Sr. D. Francisco Rodríguez Marín. . . . .	15
Á mi querido amigo D. Antonio Aguilar y Cano, en la muerte de su hijo.—Balada: por el señor D. Francisco Rodríguez Marín. . . . .	17
Á mi excelente amigo D. Antonio Aguilar, con motivo de la muerte de su hijo: por el Sr. D. José Contreras. . . . .	23

En la muerte del inolvidable niño Antonio Aguilar: por el Sr. D. José de Guzmán el Bueno y Pa- dilla, de la Academia de la Historia. . . . .	25
Á mi estimado amigo el Sr. D. Antonio Aguilar, en la muerte de su hijo: por el Sr. D. Juan Mo- rales Cano, Pbro. . . . .	27

PERIÓDICOS

De <i>El Eco de Estepa</i> , núm. 558, correspondiente al 5 de Agosto de 1893. . . . .	31
Del mismo número.—Á mi buen amigo D. Anto- nio Aguilar y Cano, en la muerte de su queri- sísimo hijo Antonio: por el Sr. D. Vicente Cher- vás y Begud. . . . .	32
De <i>El Eco de Estepa</i> , núm. 560, correspondiente al 19 de Agosto de 1893.—En la muerte del joven Antonio Aguilar y Tejera: por el señor D. Joaquín García. . . . .	33
De <i>La Unión Mercantil é Industrial</i> , de Sevilla. . . . .	34
De <i>La Reforma Legislativa</i> , de Madrid, núm. 1130, día 6 de Agosto de 1893. . . . .	35

---

Contestación á la epístola del Sr. D. Manuel Reina, por D. Antonio Aguilar. . . . .	37
--	----

